

JULIO ARÓSTEGUI

LA INVESTIGACION HISTÓRICA

TEORÍA Y MÉTODOS

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cubierta: Joan Batallé

Fotocomposición: Fotocomp/4, S.A.

© 1995 y 2001, Julio Aróstegui

© 2001 de la presente edición para España y América:

EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Provença, 260, 08008 Barcelona

ISBN: 84-8432-137-1

Depósito legal: B. 10.631-2001

Impreso en España

2001. - A & M Gràfic, S.L., Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Hace cinco años apareció la primera edición de esta obra, cuyas intenciones, opciones, expectativas y agradecimientos se hacían constar en el Prólogo escrito para aquella ocasión. Aparece ahora una segunda en cuyo nuevo Prólogo me gustaría retomar, con la perspectiva que añade el tiempo transcurrido y la experiencia ganada, aquellos y otros extremos parejos a los que se contenían en el anterior. Pero es claro que a este propósito se le impone una consideración previa a la que no puedo sustraerme, y es ésta: lo que yo pueda incorporar, rectificar o confirmar de lo que decía entonces está inevitablemente condicionado por la recepción que el libro ha tenido y por el eco que ha llegado a mí de ello. El hecho de que se vuelva a editar, y que lo sea con ostensibles reformas —que ojalá sean realmente mejoras—, dice por sí mismo algo en lo que no es preciso reincidir. Pero no lo dice todo. Y ello es lo que me gustaría especialmente considerar.

La recepción a la que me refiero tiene muchos perfiles que serían dignos de algún comentario, pero que no es el propio autor del libro el más indicado para hacerlos. Entre lo que considero prudente decir se incluye el hecho, lisonjero, de que aquéllos a quienes una obra como esta iba dirigida especialmente y otros a los que previsiblemente les iba a servir de ayuda no se han visto decepcionados, en lo que yo sé. Los alumnos que cursan asignaturas de cuya materia versa, los profesionales interesados en los aspectos más estructurales de su disciplina, algunos estudiosos de cuestiones limítrofes y relacionadas son los casos más significativos que conozco.

Pero no todo funcionó conforme a lo esperado. Las críticas y las controversias que yo barruntaba y, naturalmente, hubiese agradecido, de «aquellos profesionales y colegas de quienes, sin duda, va a recibir un juicio más aquilatado y, seguramente, más severo», decíamos entonces, no se han producido, o lo han hecho en una expresión mínima. No me aventuraré, sin embargo, en un sitio como este, a adelantar alguna posible explicación del hecho que, desde luego, puede tenerlas de diverso signo. A lo que yo sé, el libro interesó bastante más a los colegas que por motivos profesionales se encuentran más implicados en un trabajo historiográfico especulativo, instrumental o «metahistórico» que a los otros volcados en la estricta práctica empírica. Reconozco que en sana doctrina o, más simplemente, en la que este libro mismo pretende inculcar, esa distinción es impertinente. Pero la realidad es terca y aprovecho la ocasión para lamentar profundamente semejante terquedad.

él, han demandado. Por desgracia, en los propios círculos de los historiadores se ha considerado durante demasiado tiempo que el historiador *no es* un teórico, que su ocupación no es filosofar, que *historiar* es narrar las cosas *como efectivamente sucedieron*, y otras cosas semejantes. La resistencia casi instintiva a una mera adecuación y renovación del lenguaje sigue siendo muy potente. La formación del historiador continúa adoleciendo, en líneas generales, de una acusada precariedad. Sin embargo, no parece preciso insistir en que posiciones y realidades de ese tipo no pueden sino dificultar de forma determinante todo impulso para el perfeccionamiento práctico y «científico» de la historiografía.

El historiador «escribe» la Historia, en efecto, pero debe también «teorizar» sobre ella, es decir, reflexionar y hallar fundamentos generales acerca de la naturaleza de lo histórico y, además, sobre el alcance explicativo de su propio trabajo. Sin teoría no hay avance del conocimiento. Y esto afecta medularmente asimismo a la práctica historiográfica, por más que una nube de teóricos literarios, críticos y «nuevos historicistas» hayan pretendido recientemente hacer de la escritura de la historia no más que literatura.³ Sin una cierta preparación teórica y sin una práctica metodológica que no se limite a rutinas no es posible la aparición de buenos historiadores. Pero ¿qué quiere decir exactamente teorizar sobre la Historia y sobre la historiografía y sobre su método? En este primer capítulo se pretende, justamente, presentar de forma introductoria tal asunto. Y esto se intenta, en lo posible, en el contexto de lo que hacen otras ciencias sociales y empezando desde el problema mismo del nombre adecuado para la disciplina historiográfica.

1. LA HISTORIA, LA HISTORIOGRAFÍA Y EL HISTORIADOR

Ha sido siempre habitual comenzar todos los tratados de «preceptiva» historiográfica —piénsese en las obras clásicas de Droysen, de Langlois y Seignobos, de Bernheim, de Bauer, de nuestro Altamira, y otras más recientes—⁴ con consideraciones sobre la definición misma de la *Historia* y sobre el ambivalente sentido de esta palabra. Aquí no ha de intentarse de ninguna forma una definición de la Historia puesto que se trata de un empeño enteramente inútil y que no aclara lo fundamental. Pero, aun con terminología y espíritu distinto, no nos parece que deba obviarse hoy día el tratamiento preliminar de dos cuestiones importantes que conviene dilucidar desde ahora. Tomando de frente el problema de la polisemia de la palabra Historia, debería tratarse primero del nombre conveniente para la «disciplina que investiga la Historia», cuestión que se ha discutido más de una vez. Atendiendo después a problemas más ligados a la propia disciplina de la historiografía y como reflexión más actual, imbricada

3. Para evitar una larga citación de propuestas de la Historia como género literario, véase más adelante el epígrafe dedicado al «posmodernismo» y recuérdense los nombres de autores como H. White, P. Ankersmitt y D. LaCapra entre otros.

4. Prácticamente de todos ellos ha de hablarse después en nuestro repaso en los capítulos 2 y 3 de la formación de la disciplina historiográfica en los siglos XIX y XX.

directamente en los problemas de un tiempo como el nuestro, en profundo cambio al comenzar el siglo XXI, parece muy pertinente abordar el «perfil» universitario de la formación y preparación intelectual, profesional, técnica, del historiador. También en esto la historiografía se juega su futuro. Veamos ambas cuestiones sucesivamente.

Historiografía: el término y el concepto

Observemos primero que el nombre mismo que se da al conocimiento de la Historia ha planteado desde antiguo problemas y necesita todavía hoy, creemos, de algunas puntualizaciones. La palabra *Historia* es objeto de usos anfibológicos de los cuales el más común es su aplicación a dos entidades distintas: una, la *realidad de lo histórico*, otra, la *disciplina* que estudia la Historia. Prácticamente, ningún historiador que haya dedicado unas líneas a comentar los problemas internos de su práctica ha dejado de señalar esta cuestión. Empecemos por calibrar la importancia que para una práctica como la investigación de la Historia tiene la precisión del vocabulario.

El lenguaje específico de las ciencias

Por regla general, las ciencias al irse constituyendo van creando unos lenguajes particulares, llenos de términos especializados, que pueden llegar a convertirse en complejos sistemas formales.⁵ La ciencia, se ha afirmado a veces, es, en último extremo, un lenguaje. La terminología filosófica puede ser un buen ejemplo de lo que significa esa «jerga» especializada en el caso de lenguajes verbales. Las ciencias «duras» recurren todas hoy a la formalización no verbal sino matemática de sus proposiciones para la elaboración y desarrollo de sus operaciones cognoscitivas.⁶

En un nivel bastante más modesto, las llamadas ciencias sociales poseen en mayor o menor grado ese instrumento del lenguaje propio, ciertamente con importantes diferencias en su desarrollo según las disciplinas. Pero todas ellas poseen un *corpus* más o menos extenso y preciso de términos, de conceptos, de proposiciones precisas, pero también de metáforas y analogías, que son distintas de las del habla ordinaria. A un nivel básico existe, sin duda, una cierta homogeneidad en el lenguaje de estas ciencias sociales que se ha impuesto partiendo de lo conseguido por las disciplinas más desarrolladas. Hay unos térmi-

5. Hablamos de «lenguaje formal», de lenguaje construido por el hombre de forma planificada con arreglo a unas reglas estrictas, por contraste con el «lenguaje natural», el habla del hombre que va inserta en el proceso mismo de hominización.

6. La naturaleza especial del lenguaje científico es analizada tanto por la propia epistemología y metodología de la ciencia, como por la filosofía del lenguaje. Cf. el antiguo, pero interesante estudio de G. G. Granger, *Formalismo y Ciencias Humanas*, Ariel, Barcelona, 1965. También trata el asunto el pequeño libro de R. Rorty, *El giro lingüístico*, Ediciones Paidós-U.A. de Barcelona, 1990. Para las distintas concepciones de la ciencia, cf. J. Echevarría, *Introducción a la metodología de la ciencia. La Filosofía de la Ciencia en el siglo XX*, Cátedra, Madrid, 1999.

nos específicos de la economía o de la lingüística, por ejemplo, que son muy característicos y están absolutamente aceptados. Pero, en todo caso, el lenguaje especializado es hoy una de las cuestiones más problemáticas en el campo de las ciencias sociales.

El problema terminológico en la ciencia se manifiesta antes que nada a propósito del propio nombre que una disciplina constituida debe adoptar. Y por lo que concierne a la nuestra ese es el que primero vamos a abordar. Se ha dicho a menudo que el empleo de una misma palabra para designar tanto una realidad específica como el conocimiento que se tiene de ella constituiría una dificultad apreciable para el logro de conceptualizaciones claras, sin las que no son posibles adelantos fundamentales en el método y en los descubrimientos de la ciencia. Por lo tanto, siempre que un cierto tipo de estudio de la realidad acaba definiendo con la debida claridad su *campo*, su ámbito, su *objeto*, es decir, el tipo de fenómenos a estudiar, y se va perfilando su forma de penetrar en ellos, o sea, su *método*, surge la necesidad de establecer una distinción, relativa al menos, entre ese campo mismo que se pretende conocer —ya sea la sociedad, la composición de la materia, la vida, los números, la mente humana, etc.— y el conjunto acumulado de conocimientos y de doctrinas sobre tal campo.

La creación de un vocabulario específico para un área de conocimiento dada empieza precisamente ahí: en cómo diferenciar en el lenguaje un cierto *objeto* de conocimiento y la *disciplina* cognoscitiva (científica) que se ocupa de él. Se trata, sencillamente, de dotar a cada disciplina de un apelativo genérico que describa bien su objeto y el carácter de su conocimiento. Los nombres de las ciencias se inventan; eso es lo que ocurrió a partir del siglo XVIII. Es frecuente así que el nombre de muchas ciencias nacidas de la expansión de los conocimientos desde entonces se haya compuesto de una partícula descriptiva de la materia, a la que se ha añadido un sufijo que es un neologismo calificativo común: *logía*, tomado del griego *logos*. Sociología, psicología, geología, etc. O, a veces, *grafía*, descripción: geografía, cristalografía. Pero hay parcelas del conocimiento mucho más clásicas con nombres particulares: la Física es un buen ejemplo de antigua denominación griega, aplicada ya por Aristóteles.

Y hay aún otro fenómeno no inusual tampoco: el de que el nombre de una disciplina haya acabado creando un adjetivo nuevo para designar la realidad que estudia: la implantación de la psicología ha acabado creando el término «psicológico», la geología el término «geológico», la geografía «geográfico». El nombre de una ciencia determinada, constituido por un neologismo, ha dado lugar, a veces, a un nombre distintivo para el tipo de realidad de la que se ocupa.

Anfibología del término «Historia»

Las someras consideraciones que hemos hecho son útiles para analizar un problema análogo y real de nuestra disciplina, a saber: el de la más adecuada denominación posible, y distintiva, para la *investigación de la Historia* y para el *discurso histórico normalizado* que esto produce. La «historiografía» es una disciplina afectada en diversos sentidos por el problema del lenguaje en que se plasma su investigación y su «discurso». Por ello es preciso tratarlo ahora.

La cuestión comienza con el hecho, común a otras disciplinas, desde luego, de que una sola palabra, *Historia*, ha designado tradicionalmente dos cosas distintas: la Historia como realidad en la que el hombre está inserto y, por otra parte, el conocimiento y registro de las situaciones y los sucesos que señalan y manifiestan esa inserción. Es verdad que el término *istorie* que empleó el griego Heródoto como título de la mítica obra que todos conocemos significaba justamente «investigación». Por tanto, etimológicamente, una «Historia» es una «investigación». Pero luego la palabra Historia ha pasado a tener un significado mucho más amplio y a identificarse con el transcurso temporal de las cosas.

La erudición tradicional ha aludido siempre a esta incómoda anfibología estableciendo la conocida distinción entre Historia como *res gestae* —cosas sucedidas— e Historia como *historia rerum gestarum* —relación de las cosas sucedidas—, distinción sobre la que llamó la atención por vez primera Hegel: «la palabra *historia* —dice el filósofo— reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historia rerum gestarum* como las *res gestae* mismas, tanto la narración histórica como los hechos y acontecimientos». En la actualidad, Hayden White ha señalado que el término Historia se aplica «a los acontecimientos del pasado, al registro de esos acontecimientos, a la cadena de acontecimientos que constituye un proceso temporal que comprende los acontecimientos del pasado y del presente, así como los del futuro, a los relatos sistemáticamente ordenados de los acontecimientos atestiguados por la investigación, a las explicaciones de esos relatos sistemáticamente ordenados, etc.»⁷ No es ésta una mezcrolanza sencilla.

Fue el pensamiento positivista el que estableció la necesidad de que las ciencias tuviesen un nombre propio distinto del de su campo de estudio. Tal necesidad parece obedecer a la idea típica del positivismo clásico de que primero se descubren los *hechos* y luego se construye la *ciencia*, o, lo que es lo mismo, que la ciencia busca, encuentra y relaciona entre sí «hechos». Existe una ciencia de algo si hay un hecho específico que la justifique, identifique y distinga. Toda ciencia debe tener un nombre inconfundible y de ahí que no se dudara en acudir a todo tipo de neologismos para dárselo.

El positivismo buscó la definición de la Historia en el descubrimiento, claro está, de un supuesto *hecho histórico*. El problema terminológico viene, pues, de antiguo: la palabra *Historia* designa, por decirlo de alguna forma, un conjunto

7. Heródoto, *Historia*, introducción de F. Rodríguez Adrados, traducción y notas de Carlos Schrader, Editorial Gredos, Madrid, 1977 (y ediciones sucesivas). Recuérdese que el texto de Heródoto en su libro I comienza diciendo: «Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso, para evitar que con el tiempo los hechos humanos queden en el olvido...».

8. G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 137. Hegel creía que este hecho era bastante más que una casualidad.

9. H. White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1992, p. 159. El título español de esta publicación confunde el que tiene en su versión original, que es *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*. Escamotea la expresión «Discurso narrativo», que es fundamental en esa formulación.

ordenado de «hechos históricos», pero designa también el proceso de las operaciones «científicas» que revelan y estudian tales hechos. Que la misma palabra designe «objeto» y «ciencia» puede parecer una cuestión menor, pero en la realidad resulta engorrosa y origina dificultades reales de orden epistemológico. De ahí que también prontamente se ensayase la adopción de un término específico que designase la *investigación de la Historia*.

Ahora bien, resulta que el hecho de que el vocablo *Historia* designe al mismo tiempo una realidad y su conocimiento no es el único ejemplo que puede mostrarse de una situación de tal tipo. En realidad, una dificultad análoga afecta a otras disciplinas de la ciencia social y de la natural. En efecto, eso mismo ocurre con la economía, por ejemplo, y el lenguaje común ha hecho que ocurra también en el caso de la psicología, la geología y la geografía: los nombres de las disciplinas han pasado a designar realidades, como hemos dicho. En nuestro caso, la palabra griega *istorie* (investigación) ha pasado a designar el proceso temporal acumulativo de la Humanidad. Es frecuente también el uso de ciertas palabras con significados múltiples en las ciencias sociales, como ocurre con *economía* o *política*, entre otras. Por nuestra parte, y de momento, basta con insistir en el carácter no específico para la historiografía de este problema terminológico. Pero cabe señalar, igualmente, que en la situación referente a la Historia no hay razón para que esta polisemia se mantenga, de la misma manera que ha tendido a ser eliminada en el caso de otros vocablos que designan ciencias, como en el caso de la política o politología. Aunque la cuestión no es privativa, ni, tal vez, crucial para la disciplina de la Historia, sí es de suma importancia.

Cuando hablamos de Historia es evidente que no hablamos de una realidad «material», tangible. La «Historia» no tiene el mismo carácter corpóreo que, por ejemplo, la luz y las lentes, las plantas, los animales o la salud. La Historia no es una «cosa», sino una «cualidad» que tienen las cosas.¹⁰ Por lo tanto, es más urgente dotar de un nombre inequívoco a la escritura de la Historia que hacerlo con las disciplinas que estudian esas otras realidades, que, por lo demás, tienen nombres bastante precisos: óptica, botánica, zoología o medicina. Es primordial dejar enteramente claro, desde la palabra misma que lo designa, qué quiere decir «investigar la Historia». No puede negarse que en el caso del estudio de la Historia existen razones suficientes para estimar que de una primera dilucidación eficaz de esta cuestión terminológica —y después, naturalmente, de todas las demás— pueden esperarse grandes clarificaciones. La índole no trivial de la cuestión terminológica la manifestaron ya hace tiempo corrientes historiográficas como la de los *Annales*, o la marxista, y ambas han hablado de una «ciencia de la Historia».

La palabra *Historia* tiene, pues, como se ha dicho, un doble significado al menos. Pero, a veces, se han introducido palabras o giros especiales para expresar sus diversos contenidos semánticos. Así ocurre con la clara distinción que hace el alemán actual entre «Historie» como realidad y «Geschichte» como

10. En el capítulo 4, en la sección segunda de esta obra, volveremos a tratar cuestiones referentes a la entidad misma de la Historia.

conocimiento de ella, a las que se añade luego la palabra «Historik» como tratamiento de los problemas metodológicos. Jerzy Topolsky ha señalado que la palabra Historia, aunque sea sólo usada para designar la actividad cognoscitiva de lo histórico, encierra ya un doble significado: designa el proceso investigador, pero también el resultado de esa investigación como «reconstrucción en forma de una serie de afirmaciones de los historiadores sobre los hechos pasados».¹¹ Si bien es ésta una sutileza innecesaria, pues no hay investigación lógicamente separada de una construcción de sus resultados, la observación ayuda a comprender las consecuencias no triviales de esa continua anfibología. En definitiva, Topolsky acaba distinguiendo tres significados de la palabra Historia: los «hechos pasados», las «operaciones de investigación realizadas por un investigador» y el «resultado de dichas operaciones de investigación». En algunas lenguas, añade Topolsky, el conocimiento de los hechos del pasado ha sido designado con otra palabra, la de *historiografía*. Y es justamente en tal palabra en la que queremos detenernos aquí con mayor énfasis.

Afirma también Topolsky que la palabra en cuestión tiene un uso esencialmente auxiliar, en expresiones como «Historia de la Historiografía», a la que podríamos añadir otras como «Historiografía del tomate» o «Historiografía canaria», por ejemplo. Ese sentido auxiliar, que señala Topolsky, no impide, a nuestro juicio, la ventaja de que la palabra Historiografía tiene una significación unívoca: «sólo se refiere al resultado de la investigación». Y ello respeta su etimología. Sin embargo, continúa este autor, al no indicar ningún procedimiento de investigación, el término no ha encontrado una aceptación general, «ni siquiera en su sentido más estricto». Por ello «la tendencia a emplear el término *historia*, más uniforme, es obvia, a pesar de que supone una cierta falta de claridad».¹²

El concepto de «Historiografía»: investigación y escritura de la Historia

A veces se ha propuesto otro vocablo para cumplir esta función: *Historiología*. Es innegable que desde el punto de vista filológico, tal palabra desempeñaría a la perfección la tarea de designar la «ciencia de la Historia». Pero posee, sin embargo, un matiz demasiado pretencioso: el de suponer que la investigación de la Historia puede considerarse, sin más, una «ciencia». Fue Ortega y Gasset quien propuso el empleo de ese término de «Historiología» como designación de una actividad que él creía imprescindible: «No se puede hacer historia si no se posee la técnica superior, que es una teoría general de las realidades humanas, lo que llamo una *Historiología*».¹³ «Historiología» es empleada también, en el sentido que aquí señalamos, como investigación de la Historia, por algunos filósofos más, mientras que, por el contrario, ciertos historiadores

11. J. Topolsky, *Metodología de la Historia*, Cátedra, Madrid, 1985, pp. 54-55.

12. *Op. cit.*, 55.

13. J. Ortega y Gasset, *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee*. En *Obras completas*, Madrid, 1983, tomo IX, pp. 147-148. En ésta y otras obras de reflexión sobre la Historia Ortega explicita su mala opinión de los historiadores —¿justificada?—, su juicio sobre el pedestrisimo intelectual de éstos. (La cursiva es de Ortega.)

la han empleado en el sentido de reflexión metahistórica que le da Ortega, así Claudio Sánchez Albornoz y Manuel Tuñón de Lara.¹⁴ En consecuencia, la palabra *Historiología* no es válida para nuestro propósito. Introduce más dificultades semánticas que las que resuelve.

Jean Walh ha hecho unas precisiones sumamente interesantes a propósito del uso de las expresiones Historia e Historiografía.¹⁵ Para Walh, el recurso a los diccionarios antiguos o modernos en cualquier lengua no nos resuelve el problema de la distinción entre estas dos palabras. Señala como muy sutil la ayuda que buscó Hegel en el latín —*res gestae, historia rerum gestarum*— para distinguir entre las dos facetas. Pero la epistemología debe proceder con principios más estrictos que el lenguaje ordinario. Por lo tanto, propone Walh que, en todos los casos en que pueda existir ambigüedad, se acepte el término «Historia» «para designar los hechos y los eventos a los cuales se refieren los historiadores» y el de historiografía «cuando se trata de escritos —“celui d'historiographie lorsque il s'agit d'écrits”—. Esto ilumina con gran claridad el modo en que dos palabras distintas pueden servir, efectivamente, para designar dos realidades distintas: Historia, la entidad ontológica de lo histórico; historiografía, el hecho de escribir la Historia.

Ahora bien, los «malos usos» de la palabra Historiografía son también frecuentes. Ciertos autores, especialmente de lengua francesa, han atribuido a la palabra «Historiografía» significaciones que su sencilla etimología no autoriza y que complican de forma enteramente innecesaria y hacen equívoca su originaria significación. Naturalmente, tales errores de los franceses han sido de inmediato aceptados por sus imitadores españoles. Existen al menos dos usos impropios de la palabra Historiografía y algunas otras imprecisiones menores no difíciles de desterrar, en todo caso. El primero es el uso de historiografía en ocasiones como sinónimo de *reflexión sobre la Historia*, al estilo de lo que hacía Ortega y Gasset con la palabra Historiología. El segundo es la aplicación, como sinónimo y apelativo breve y coloquial, para designar la *Historia de la Historiografía*, cuando no, como se dice en alguna ocasión también en medios franceses, la *historia de la historia*.¹⁶

Un autor español actual hace también a la palabra en cuestión objeto de una notable diatriba. «La palabra historiografía —dice— es un neologismo que gusta poco y que se utiliza en contadas ocasiones. Tiene la ventaja de referirse a un

14. C. Sánchez Albornoz, *Historia y Libertad. Ensayos de Historiología*, Madrid, 1974. M. Tuñón de Lara, *¿Qué Historia? Algunas cuestiones de Historiología*. En *Sistema* (Madrid), 9, abril de 1975, pp. 5 y ss.

15. J. Walh, *Historiographie Structurale*. Masson, París, 1990, p. 13.

16. Esa confusa y retórica expresión ha tenido cierto éxito en Francia. La emplea, entre otros, un libro tan pretencioso y hueco, y de tan espantosa traducción al español, como el de J. Le Goff, *Pensar la Historia*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 13 y *passim*. «Historia de la Historia» es empleado también, por ejemplo, en G. Thuillier y J. Tulard, *Cómo preparar un trabajo de Historia (Métodos y Técnicas)*, Oikos-Tau, Barcelona, 1989 (versión francesa de 1988), pp. 13 y ss. Es en los medios franceses una manera común de aludir a la «Historia de la Historiografía». Es sabido, por lo demás, que nuestros alumnos de la materia «Historia de la Historiografía», y no pocos profesores, desde luego, aluden a ella como «Historiografía».

tipo de conocimiento sin confundirlo —como ocurre con la palabra historia— con su objeto de estudio, pero también presenta un grave inconveniente. La distinción analítica entre saber y objeto podría hacernos olvidar que los “hechos del pasado” permanecen inseparablemente unidos al conocimiento que tenemos de ellos. A la escasa belleza y el engañoso rigor del término historiografía, se añade el problema de sus diversos significados...»¹⁷ Casi no necesita exégesis alguna esta opinión, que después de señalar, con mucho tino, cuál es la ventaja del término —referirse a un conocimiento sin confundirlo con su objeto— se adentra en epistemologías de perfil bajo y en declaraciones gratuitas, incluyendo las estéticas, para concluir diciendo que se crea un confusionismo atribuyendo diversos significados al término, confusionismo al que, por lo demás, contribuye de forma bien notable el propio título de la publicación donde aparece este juicio.¹⁸

El hecho de que estos usos, cuya misma falta de univocidad denuncia ya una notable carencia también de precisión conceptual en quienes los practican, hayan sido propiciados por algunos historiadores de cierto renombre favorece su repetición de forma bastante acrítica. Tan celebrado autor como Lawrence Stone llama «Historiografía», por ejemplo, a un conjunto variopinto de reflexiones sobre historia de la historiografía, el oficio de historiador, la prosopografía y otras instructivas cuestiones.¹⁹ Es justamente por estos usos variados y equívocos por lo que recientemente se ha vuelto a plantear la pregunta: «¿El vocablo “historiografía” es lo suficientemente amplio como para abarcar una visión *in extenso* de la disciplina?» Y se ha respondido: «a tenor de los significados tradicionales del vocablo “historiografía”, la contestación debería ser negativa».²⁰ Y esta posición negativa se basa, justamente, en el hecho de que con esa palabra se designa también, entre otras cosas, la «historia de la historiografía».

Tales pronunciamientos ilustran bien las dificultades del asunto más profundas que la simple cuestión terminológica. El primero de los malos usos puede patentizar el escaso aprecio y frecuentación que los historiadores hacen de esa reflexión teórica, de forma que deben emplear una palabra específica para designarla (algo así como si a la teoría sociológica se la llamara de forma específica «Sociografía» o, tal vez, «Sociomanía», o a la teoría política «Politografía»). El segundo, que motiva las reticencias de Pasamar, procede, entre otras cosas, de la difusión de algunos libros malos, como el de Ch. O. Carbonell, que ha tenido en su versión española mucha más difusión de la merecida.²¹ En ciertos textos

17. P. Ruiz Torres, «Introducción». En *La Historiografía. Ayer* (Madrid), 12, 1993, p. 12.

18. Publicación que, apresurémonos a señalarlo, contiene importantes contribuciones, como la de J. J. Carreras y la de Justo Serna y Analet Pons, que comentaremos más adelante.

19. L. Stone, *El Pasado y el Presente*, FCE, México, 1986. Se trata del título que recibe la primera parte de esta obra, cuyo contenido es el que decimos.

20. G. Pasamar, *La Historia Contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Editorial Síntesis, Madrid, 2000, p. 9.

21. Ch. O. Carbonell, *La Historiografía*, FCE, México, 1986 (edición francesa de 1981). Se trata de un breve tratadito de «Historia de la Historiografía» que constituye uno de los textos más confusos, pedestres y, afortunadamente, breves, escritos sobre el asunto, que, no obstante,

se confunde el uso sencillo y etimológicamente correcto de historiografía como «escritura de la Historia» con el uso de tal palabra para designar «la Historia de la escritura de la Historia», es decir, con la *Historia de la Historiografía*.

Pero también se dice que la Historia de la Historiografía «ha pasado a convertirse en un dominio de investigación diferenciado a lo largo de los años setenta»,²² lo que potenciaría y justificaría aún más este uso específico que mantenemos de la voz historiografía como investigación de la Historia. Una muestra más de la confusión de que hablamos es la que patentiza Helge Kragh, que para diferenciar los dos usos de la palabra Historia acude a fórmulas como H₁, el curso de los acontecimientos, y H₂, el conocimiento de ellos. En cuanto a la palabra Historiografía, reconoce que se emplea en el sentido de H₂, pero que «también puede querer decir teoría o filosofía de la historia, es decir, reflexiones teóricas acerca de la naturaleza de la historia».²³

Los empleos tergiversadores son y han sido bastante frecuentes también en la historiografía española, aunque no sean universales. Dos ejemplos característicos por su procedencia bastarán para dar una idea. Un autor muy conocido en su tiempo, el padre jesuita Zacarías García Villada, decía en un libro metodológico muy recomendado que «Historiografía» significaba «arte o modo de escribir la Historia», es decir, designaría una especie de preceptiva de los estilos de escribir la Historia, lo que no deja de ser una curiosa y rebuscada definición.²⁴ Otro autor español más reciente incluye sin ningún empacho la «Historiografía» entre «las llamadas ciencias auxiliares de la Historia» junto a Geografía, Epigrafía y Bibliografía (*sic*) entre otras.²⁵

En definitiva, la confusión de *historiografía* con «reflexión teórico-metodológica sobre la investigación de la Historia» (Teoría de la Historiografía, hablando con rigor) o con «Historia de los modos de investigar y escribir la Historia» (Historia de la Historiografía), aunque no sea, como decimos, una cuestión crucial en la disciplina, sí representa, a nuestro parecer, un síntoma de las imprecisiones corrientes en los profesionales y los estudiantes de la materia. De hecho, la palabra historiografía ha sido aplicada, por no se sabe muy bien qué razones, a cosas aparecidas modernamente —Teoría de la Historia e Historia de la Historiografía— que tienen ya su propio nombre perfectamente adecuado, violentando absolutamente la etimología del término que proponemos. La pa-

puede circular desde Heródoto hasta la «matematización» (*sic*) de la disciplina, con la reseñable particularidad de que la «historia de la Historiografía» es llamada sistemáticamente por el autor «Historiografía».

22. Pasamar, *op. cit.*, p. 9.

23. H. Kragh, *Introducción a la Historia de la Ciencia*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 33-34.

24. Z. García Villada, *Metodología y Crítica históricas*, Ediciones El Albir, Barcelona, 1977, p. 31. El original de este libro es de 1921 y todavía se editaba en offset en la fecha indicada, lo que es una magnífica prueba de muchas de las carencias que destacamos en el texto.

25. B. Escandell, *Teoría del Discurso Historiográfico. Hacia una práctica científica consciente de su método*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1992, p. 147. Parece claro que el propio título concede al adjetivo «historiográfico» un sentido distinto del que luego se le concede al sustantivo Historiografía.

labra, por lo demás, no presenta concomitancia ni confusión alguna con la «Filosofía de la Historia» actividad que, ocioso resulta señalarlo, los historiadores no acostumbran a cultivar.

Topolsky ha señalado de forma precisa, sin duda, el problema, pero no ha propuesto una solución. Nos parece hoy plausible que una palabra ya bien extendida como *Historiografía* sea la aceptada. La palabra historiografía sería, como ya sugiere también Topolsky, la que mejor resolviera la necesidad de un término para designar la tarea de la *investigación y escritura de la Historia*, frente al término Historia, que designaría la *realidad histórica*. Historiografía es, en su acepción más simple, «escritura de la Historia». E históricamente puede recoger la alusión a las diversas formas de escritura de la Historia que se han sucedido desde la Antigüedad clásica. Se puede hablar de «historiografía griega», «china» o «positivista», por ejemplo, para señalar ciertas prácticas bien identificadas de escribir la historia en determinadas épocas, ámbitos culturales o tradiciones científicas. Historiografía sería la actividad y el producto de la actividad de los historiadores y también la disciplina intelectual y académica constituida por ellos. Es la solución propuesta, dice Ferrater Mora, para despejar la ambigüedad entre los dos sentidos principales de la palabra Historia. Ello tendría que ser suficiente, añade, «pero no ocurre así».²⁶

Tal es la significación que le dio a la palabra uno de los primeros teóricos de nuestra disciplina en sentido moderno, Benedetto Croce, en su *Teoría e Historia de la Historiografía*; en italiano *Storiografia* tiene el sentido preciso de escritura de la Historia. Ese es el uso que le atribuye también Pierre Vilar en sus más conocidos textos teóricos y metodológicos. Por su parte, J. Fontana ha utilizado la palabra en su acepción enteramente correcta, al hablar en un texto conocido de «la Historiografía (esto es, la producción escrita acerca de temas históricos)».²⁷ En el mundo anglosajón, esta palabra fue introducida con la misma acepción que le damos nosotros por el filósofo W. H. Walsh, autor de una obra básica en la «filosofía analítica» de la Historia,²⁸ y es de uso común en lengua inglesa.

Sería una falsa impresión la de que la palabra historiografía es universalmente mal empleada. No es así, en modo alguno. Importantes historiadores, de reconocida solvencia, influencia y persistente dedicación, además, a los temas de índole teórico-metodológica, la han utilizado siempre en su sentido correcto —Georges Lefebvre, P. Vilar, Th. Kuhn, R. Samuel, J. Fontana, J. Topolsky, etc. Es ese magisterio el que debe imponerse. Por lo demás, el uso de la expresión *historiografía* para designar la función disciplinar de la investiga-

26. J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de bolsillo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, 1, p. 373.

27. J. Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, p. 9.

28. W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la Historia*, Siglo XXI editores, México, 1968 (la edición original es de 1951). Pueden verse los comentarios que hace a este propósito W. H. Dray, *Perspectives sur l'Histoire*, Les Presses de l'Université d'Ottawa, Ottawa, 1988, pp. 153 y ss.

ción y escritura de la Historia ya siendo progresivamente aceptado, aunque haya quien no lo crea, en el amplio campo de los historiadores, lo que es una buena noticia.

El lenguaje de la Historiografía

La cuestión del nombre no es el único problema terminológico en el estudio de la Historia. La investigación histórica prácticamente no ha creado un lenguaje especializado, lo que es también un síntoma del nivel de mero conocimiento común que la historiografía ha tenido desde antiguo como disciplina de la investigación de la Historia. Apenas existen términos *construidos historiográficamente* para designar fenómenos específicos. Algunas connotaciones cronológicas —expresiones como «Edad Media»—, algunos calificativos y categorías para determinadas coyunturas históricas —«Renacimiento»—, formas de sociedad —«Feudalismo», «Capitalismo»— y algunas conceptualizaciones como «larga duración», «coyuntura», y poco más, son términos que no proceden del lenguaje común, o a los que se ha dado una significación específica, y que han surgido y se han consolidado como producto de la actividad investigadora de la historiografía.

Pero es preciso advertir de inmediato algo importante para evitar confusiones: la creación de un lenguaje especializado, incluso si es un *lenguaje formal* o matemático de bajo nivel, no es en absoluto inexcusable para construir una disciplina. Puede existir una ciencia social basada en el empleo del lenguaje común siempre que sea capaz de «conceptualizar» adecuadamente su objeto de estudio. Hay que reconocer, sin embargo, que lo común es que el desarrollo de las ciencias lleve a la construcción de lenguajes particulares, con un alto contenido de términos propios.

Sobre la necesidad de un lenguaje especializado nunca ha habido unanimidad en el ámbito historiográfico. En realidad, la cuestión del vocabulario específico de los historiadores no preocupó de manera directa a nadie hasta que se llegó a un cierto grado de madurez disciplinar, que no aparece antes de la reacción antipositivista representada arquetípicamente por la escuela de *Annales*. Fuera de ello, sólo el lenguaje del marxismo tuvo siempre peculiaridades propias. Los mismos componentes de la escuela de los *Annales* estaban divididos sobre el asunto. Lucien Febvre llamaba la atención sobre la posición adoptada al respecto por Henri Berr, que propugnaba la permanencia del «privilegio» de la Historia de «emplear el lenguaje común».

Por tanto, es pertinente hacerse una pregunta como ésta: ¿qué lenguaje emplea la historiografía? Ahora bien, acompañada de esta otra: ¿pero es importante la existencia de un lenguaje propio y peculiar para la investigación de la Historia? Respecto a lo primero, la respuesta no es difícil: los historiadores han empleado siempre el lenguaje común y cuando han querido perfeccionarlo han recurrido al *lenguaje literario* y, siempre, a un discurso de alto contenido metafórico —«evolución», «floreCIMIENTO», «ocasO», y otros muchos términos de ese tipo—. Por ello no debe extrañarnos que una parte importante de la actual crítica lingüística y literaria posmodernista haya entendido que «la Historia» es

una forma más de la representación literaria.²⁹ Cuando la historiografía ha sido propuesta como actividad «científica», el perfeccionamiento de su expresión ha venido propiciado por el recurso cada vez mayor al lenguaje de otras ciencias sociales. El nombre de los fenómenos y las categorías que estudia la historiografía han sido acuñados muy frecuentemente en otras ciencias. El acervo común de las ciencias sociales posee hoy conceptos descriptivos de uso general: revolución, estructura, cultura, clase, transición, proceso, socialización, capitalismo, etc., y algunos otros conceptos heurísticos: modo de producción, acción social, cambio, sistema, que la historiografía emplea de la misma forma que las demás disciplinas sociales.

Así pues, el lenguaje que emplea la historiografía no es en manera alguna específico de ella, pero ¿es esto un problema? Creemos que no. Acerca de si la investigación de la Historia debería crear su propio lenguaje la respuesta tiene que ser matizada. Por sí mismo, el objetivo sistemático de crear un vocabulario carece enteramente de sentido y nadie podría proponerlo de manera sensata. La cuestión es otra: la aparición de nuevas formas de teorización del conocimiento de la Historia, la aparición de progresos metodológicos generales o parciales o, lo que resulta más inmediato, la exploración de nuevos campos o sectores o, en último caso, la aplicación de nuevas técnicas, es lo que habrá de dar lugar a un cambio en el vocabulario aceptado. Hay ejemplos evidentes de ello: la aparición o uso frecuente de sustantivos y adjetivos de significación más o menos precisa como Microhistoria, Ecohistoria, prosopografía, mentalidad, género, etc.

La vitalidad de una disciplina se muestra, entre otras cosas, en su capacidad para crear un lenguaje, como hemos dicho. Hay que hacer, por tanto, la propuesta teórico-metodológica de que los esfuerzos por la formalización real de una disciplina historiográfica no olviden nunca la relación estrecha entre las conceptualizaciones claras y operativas y los términos específicos en que se expresan. Pero es una cuestión que no puede sino quedar abierta. Nadie puede pretender tener una solución a mano.

Las insuficiencias teórico-metodológicas en la Historiografía

Existe luego otro problema, éste sí de importancia decisiva. Y es el que ya hemos señalado referente a la fundamentación teórico-metodológica de la disciplina de la historiografía. En efecto, a poco que se observe el panorama, aparece claro que la fundamentación de la historiografía parece estar aun hoy mucho menos establecida y desarrollada comparativamente que en la práctica totalidad de las demás ciencias sociales. La discusión permanece viva hasta la actualidad y presumiblemente continuará estándolo, sobre todo después que las posiciones decididamente relativistas, como las del posmodernismo, hayan

29. El más conocido mantenedor de esta posición es, sin duda, Hayden White, pero está acompañado por otros muchos. Volveremos sobre el asunto en los capítulos 2, 5 y 6 con mayor detenimiento.

caído en un progresivo descrédito. De otra parte, el intento de apuntalar teóricamente la especificidad y la irreductibilidad del conocimiento de la Historia y de definir las reglas fundamentales de su método —lo que puede compararse con lo emprendido por Émile Durkheim para el caso de la sociología—³⁰ tiene unos orígenes notablemente antiguos. Dicho sea esto por no referirnos a la antigüedad que tiene también la actividad misma de historiar, que cuenta en la cultura occidental, como es de sobra conocido, con un hito y mito fundacional en la figura y la obra de Heródoto de Halicarnaso, en el siglo V a. J.C. Es bien distinta la situación en otras ciencias sociales, donde «mitos» como los de Adam Smith en la economía o de Auguste Comte en la sociología son poco comparables con el de Heródoto, y a los que tampoco son comparables discutibles figuras de la historiografía del siglo XVIII, como Voltaire, o del XIX, como Ranke.

Pero, tal vez, la misma antigüedad de las manifestaciones de la escritura de la Historia y de las formas históricas que tal escritura ha adquirido, desde la Cronística a la «Historia Filosófica», es lo que ha propiciado que la fundamentación científica y disciplinar de la historiografía haya tenido, como decimos, un derrotero tan poco concluyente. Es cierto, sin embargo, que desde el siglo XVIII para acá, no han faltado los esfuerzos, y los logros, por parte de historiadores, escuelas historiográficas, investigadores sociales y filósofos, para la construcción de una disciplina de la investigación histórica más fundamentada. ¿Por qué entonces el grado de formalización, coherencia y articulación del conocimiento de la Historia, es decir, de la historiografía, es menor que en otras ramas paralelas de la ciencia social?

Esperamos que a lo largo de esta obra puedan aportarse ciertos esbozos de respuesta a esa pregunta, en la que no es posible detenernos ahora con más profundidad. Quizás deba señalarse que en el mundo de los propios historiadores ha tardado mucho en manifestarse un verdadero espíritu científico, más o menos arraigado. El entendimiento de una «ciencia» de la historia por parte de los historiadores fue difícil aún después de haberse profesionalizado, en el siglo XIX, la actividad de historiar. La verdad es que la historiografía no ha desterrado nunca enteramente, hasta hoy, la vieja tradición de la *cronística*, de la descripción narrativa y de la despreocupación metodológica. Así ocurre que no pocas veces la producción teórico-metodológica, o pretendidamente tal, sobre Historia e historiografía, la publicación de análisis sobre la situación, significación y papel de la historiografía en el conjunto de las ciencias sociales, la «filosofía» de la Historia y de su conocimiento, no es obra de historiadores sino de otro tipo de estudiosos: filósofos y filósofos de la ciencia, metodólogos, teóricos de otras disciplinas sociales, etc.

30. Aludo, claro está, al célebre texto de É. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, cuya edición original francesa es de 1895, de la misma época en que aparecían algunos manuales de fundamentación historiográfica, los de Langlois-Seignobos y Bernheim, por ejemplo. De la obra de Durkheim existen múltiples versiones españolas, muchas más que de la de Seignobos o Bernheim, de cada una de las cuales sólo existe una, lo que es ya sintomático.

El historiador británico Raphael Samuel se refirió a esta situación diciendo que «los historiadores no son dados, al menos en público, a la introspección sobre su trabajo y, exceptuando los momentos solemnes, como las conferencias inaugurales, por ejemplo, evitan la exposición general de sus objetivos. Tampoco intentan teorizar sus investigaciones».³¹ Carlo M. Cipolla lo dijo de manera parecida: «El aspecto metodológico en el que los historiadores han quedado cojos es el de la teoría... Los historiadores se han preocupado muy pocas veces de explicar, no sólo frente a los demás, sino también para sí mismos; la teoría a partir de la cual recomponían los datos básicos recogidos».³² Hay filósofos, en suma, que insisten en que los historiadores actuales «no suelen plantearse problemas de método».³³ Es cierto, sin embargo, que se han atravesado tres decenios casi, desde 1945 a 1975, de continuo adelanto de la historiografía en el contexto siempre de un progreso espectacular de las ciencias sociales en su conjunto. Pero ello, en nuestra opinión, no ha sido suficiente.

El progreso real de la historiografía como disciplina y, lo que no es menos importante, el progreso de la transmisión y enseñanza de los fundamentos disciplinares en las aulas universitarias, distan de ser evidentes. Es preciso distinguir con mucho cuidado lo que significa un progreso de la reflexión teórica y metodológica de lo que es no más que la ampliación del campo de «lo historiable», la expansión de las temáticas y los centros de interés, aunque no quepa negar que tales ampliaciones acaban acarreado cambios cuando menos metodológicos. Pero ello no es suficiente. Todo lo cual, en definitiva, justifica la impresión global de que en la historiografía no acaba de desterrarse definitivamente toda una larga tradición de «ingenuismo metodológico», que constituye una de las peores tradiciones de la profesión. El «metodólogo» es entre los historiadores un personaje sospechoso de superfluidad o, cuando menos, un espécimen atípico. En tiempos, como los posteriores a la segunda guerra mundial, de espectacular auge de la ciencia social, y cuando muchas disciplinas construían sus mejores edificios teóricos, no ha sido excesivamente habitual tratar —tal vez con la excepción del marxismo— de los fundamentos de la historiografía, aunque ello parezca paradójico.

En cualquier caso, sería un completo error suponer que este retraso en la constitución de una historiografía mejor establecida y pertrechada en lo teórico-metodológico responde únicamente a las carencias, o las desidias, de los historiadores. La propia historia social de la disciplina, como la de cualquier otra, muestra que el estado alcanzado por una ciencia tiene razones objetivas explicables históricamente. La historia de la historiografía muestra que la disciplina se ha ido constituyendo en un proceso que tiene claras divergencias con el resto de las ciencias sociales que están hoy constituidas. La historiografía, una actividad intelectual muy antigua, como hemos dicho, vivió en su seno el intento de con-

31. R. Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 48.

32. C. M. Cipolla, *Entre la Historia y la Economía. Introducción a la Historia Económica*, Crítica, Barcelona, 1991, p. 51.

33. E. Lledó, *Lenguaje e Historia*, Ariel, Barcelona, 1977, p. 9.

vertirse en «ciencia positiva» más tardíamente, y con resultados menos claros, que otras disciplinas sociales. En consecuencia, el retraso teórico-metodológico de la actividad historiográfica puede obedecer a factores complejos que creemos de tres tipos: a la propia naturaleza de su objeto, a la función social e ideológica que ha desempeñado desde antiguo y, sólo en tercer lugar, a la actitud de los historiadores. Dedicemos unas líneas a cada uno de estos tres aspectos.

La Historia no es una materia objeto de conocimiento de índole análoga a la que constituye la de otras ciencias sociales. La Historia es una «cualidad» inserta en las cosas, una cualidad de lo social, sin duda, pero no es ella misma una cosa, como pensara Durkheim que eran los hechos sociales. No existe un hecho histórico por su naturaleza.³⁴ En consecuencia, no ha sido nunca un objeto filosófico, analítico o, incluso, empírico de fácil aprehensión. La naturaleza de lo histórico ha sido desde antiguo un punto de reflexión de extremada complejidad que ha ocupado a todo tipo de pensadores, de literatos y de filósofos. Los cronistas, sin embargo, identificaron siempre la Historia con los «hechos de la Historia», los hechos del pasado; fueron los filósofos los primeros que reflexionaron sobre su naturaleza y esencia.

De otra parte, escribir la crónica de los hechos sucedidos, investigarlos y transmitirlos tuvo siempre o casi siempre una función instrumental. La Historia nació al servicio del poder, no constituía un conocimiento como el de los astros, la geografía o la matemática. Y sólo Heródoto confesó escribir «para evitar que con el tiempo los hechos humanos queden en el olvido». La Historia se tuvo siempre por un «legado» consustancial a lo humano, que hacía al hombre distinto de la naturaleza, pero de ella formaban parte sólo los «hechos memorables». No fue durante siglos objeto de un conocimiento conjetural, hipotético, sino más bien una forma de «autoconocimiento». Podía ser objeto de reflexión filosófica, no teórica. Y ello fue así, incluso, mucho tiempo después de haberse constituido una ciencia de la Historia. Esta ciencia era conocimiento de «hechos», no análisis de la naturaleza de ellos. Por tanto, la teoría era denostada como cosa de filósofos... La Historia era y es una expresión de identidad y por ello ha tenido siempre una función subordinada: al poder, a las ideologías sociales, políticas o religiosas; su conocimiento ha estado ligado a la elite dominante, a la nación o al Estado. Al no ser un conocimiento *desinteresado* difícilmente ha podido ser un conocimiento *teórico*. Por esto, la historia de la historiografía no se entiende fuera del contexto general de las formas sociales y las ideas de cada momento.³⁵

El propio talante, en fin, la actitud del *cronista* y después del *historiador* han estado mucho tiempo lastrados por esas dos características: la inmaterialidad de lo histórico como hecho puramente cultural y la subordinación de su

34. Cosa que ya advirtieron Langlois y Seignobos en 1898. Nos referimos a esto de forma más extensa en la Sección segunda de la obra.

35. Véase acerca de esto G. Pasamar, *La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX*. En *Historia Contemporánea* n.º 11, (Bilbao), 1994, especialmente, pp. 185 y ss.

conocimiento a intereses externos. Por esto su figura se ha limitado casi siempre a ser la del que investiga los sucesos del pasado y los coloca en forma de discurso coherente y útil. El historiador, ya lo hemos dicho, como una equivocada reacción a ciertas tendencias del siglo XIX, ha querido huir de «la filosofía». Cosa que no ha hecho prácticamente ninguna otra ciencia social. La función analítica sobre la Historia como realidad global, la tarea de desentrañar su lógica, se ha limitado, en el mejor de los casos, al intento de aclarar «las causas» de los hechos. Como dijera Lucien Febvre, con su habitual lucidez, hubo unos «metodólogos impenitentes» que descubrieron, hacia 1880-1890, que «al fin y al cabo la historia no era más que un método. El método histórico». Por tanto, no era en absoluto un patrimonio exclusivo de la historiografía misma, «cosa que, entre paréntesis, dispensaba a los historiadores de plantearse la espionosa cuestión ¿Qué es la Historia?».³⁶ Sería difícil expresarlo mejor...

Pero, justamente, el progreso histórico de la historiografía se ha fundamentado en la eliminación paulatina pero decidida de esas tres condiciones o dimensiones. Se ha producido una preocupación progresiva y determinante por el objeto propio de la historiografía y de ahí la enorme ampliación de su campo. Un intento de hacer con ella un conocimiento «científico» y, por consiguiente, independiente, autosuficiente, no ligado a fines ulteriores. Y un cambio en la propia imagen del historiador, desde las condiciones de su profesionalización a su bagaje intelectual y técnico. El progreso de la historiografía se ha basado en el esfuerzo por hacer de ella un conocimiento peculiar y, si se permite la expresión, *objetivo*.

Es por ello que un texto como éste, de introducción teórico-metodológica al conocimiento de la Historia, o como manual introductorio a la práctica de la investigación histórica, debe partir, en consecuencia, de dos supuestos básicos como los que siguen:

Primero: el esfuerzo teórico del historiador tiene que basarse en, y dirigirse a, el análisis suficiente de la naturaleza de la Historia, de *lo histórico*. Y el tratamiento de ese tema tiene que integrarse inexcusablemente con el de *qué conocimiento es posible de la Historia*. Se ha dicho que los historiadores rara vez reflexionan sobre la entidad de la Historia. Por el contrario, puede aducirse el ejemplo de otras ciencias sociales, como la sociología, en la que la «ontología del ser social» constituye siempre un tema teórico recurrente.³⁷ ¿Por qué la naturaleza del «ser histórico» debe ser una preocupación de filósofos?... Además de reflexionar sobre la práctica historiográfica y producir «estados de la cuestión», que es a lo que los historiadores acostumbran, es ineludible repensar la

36. L. Febvre, «Hacia otra Historia» en *Combates por la Historia*, Ariel, Barcelona, 1970 (la edición original de este conjunto de escritos es de 1953).

37. Son muchas las publicaciones que pueden citarse, demostrativas de esta afirmación. Véase el siempre sugerente texto de C. Moya, *Sociólogos y Sociología*. Madrid, Siglo XXI, 1970. El de J. C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*, Gedisa, Barcelona, 1989. Y E. Lamo de Espinosa y J. E. Rodríguez Ibáñez, eds., *Problemas de teoría social contemporánea*, CIS, Madrid, 1993.